

Arco iris

Fran M. Moreno

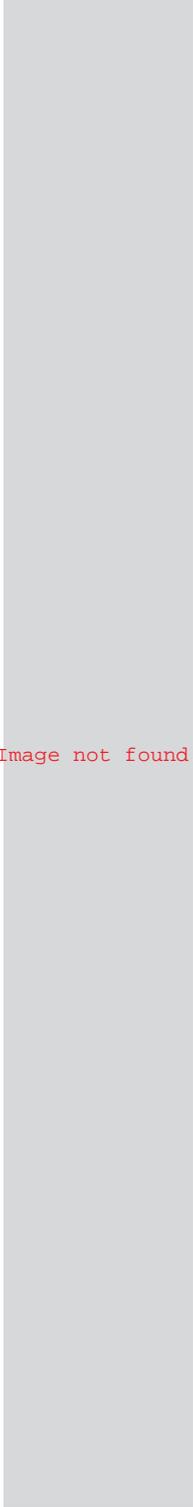


Image not found.

Capítulo 1

Recuerdo la primera vez que me crucé con ella. Salía de comprar cerveza en un paki y ella apareció como un ángel frente a mí, pero me ignoró de la misma forma que Dios ignoraba los rezos y suplicas de las beatas que pueblan nuestras iglesias. Su hombro chocó con el mío y una chispa saltó, como cuando haces chocar dos piedras para encender fuego, y el fuego se prendió.

Me quedé plantado en el marco de la puerta, mirándola. Sin acordarme de pestañear, oliendo el perfume que había quedado tras de ella. Olía a champú de almendras y Amor Amor de Cacharel. Se adentró en la tienda sin girarse, sin una mirada piadosa, sin un "disculpa no te he visto", sin una sonrisa, sin un juego de miradas, sin nada. El paki me observaba a mí con sus ojos rojos y su cara de "Hola amigo".

Salí a la misma calle de la que provenía pero todo era diferente. En las esquinas todavía estaban los mismos meados de los perros y los charcos de la calle seguían en su sitio, pero el sol se reflejaba diferente en ellos. La ciudad seguía oliendo mal pero en mi nariz seguía retumbando su perfume. Me senté en el borde de la tienda y esperé como el que espera algo importante pero no sabe bien el qué, como el padre que espera el nacimiento de su primer hijo, como el anciano que espera la muerte.

Si alguien me preguntara el por qué lo hice no hubiera sabido explicárselo. No sabía si era por qué estaba colocado y el reloj sólo marcaba las once de la mañana o resulta que el universo también tenía un poco de amor para los desgraciados. Las ratas sonreían y mi ojo ya no tenía espasmos.

Entonces la chica salió de la tienda, llevaba clínex y preservativos, y esta vez sí que me miró, como se mira al tiempo pasar, y siguió su camino y su vida, y yo la seguí a ella porque también quería seguir mi camino y mi vida.

Era realmente preciosa y misteriosa como un ángel o como la última palabra de un poeta moribundo. Tenía la piel morena y lisa y sin ninguna imperfección. Su creador, fuera quien fuera, se había tomado en serio su trabajo, le había lavado y limpiado la piel a consciencia. Tenía ese brillo latino en su forma de andar. Caminaba con su precioso y redondo culo apuntando hacia fuera, la espalda curvada y sacando pecho a la vida. Su pelo rubio y rizado iba ondeando al cielo y dando saltos volviendo siempre a su posición inicial como un muelle, parecía que flotara en el espacio a cámara lenta. Iba y venía como un columpio mecido por el viento.

Yo la seguía, no podía parar, iba caminando tras de ella, oliendo la estela que su perfume iba dejando, como las ratas seguían al flautista. Había algo mágico y enigmático en aquella chica. Yo disfrutaba el silencio en el

que había quedado el mundo. Todo estaba en calma y los pájaros, deslumbrados por el brillo de su piel, se estrellaban contra los arboles al cruzarse con ella. El todo y la nada empezaba y acababa en su culo, botaba al compás que mi corazón latía. Llevaba unos shorts tejanos que dejaban apreciar el final de su nalga y a mí me daba vueltas la cabeza. Su camiseta blanca había sido cortada a media cintura y los flecos quedaban colgando en el aire, rozando a cada paso su estrecha cintura. La vida de esos flecos valía más la pena que la mía.

La estuve siguiendo durante horas, quizá días, o quizá solo unos pocos minutos. Me daba igual el tiempo. Yo tenía todo el del mundo. Si la riqueza se midiera en horas yo sería rico aunque viva en la calle.

Se paró a observar un escaparate y yo me paré a observarla a ella. Me escondí detrás de un coche y la miraba. Podía ver su cara a través del cristal. Era tan perfecta que resultaba difícil seguir con los pies en la tierra.

La seguí hasta un calle secundaria donde ella se metió en un portal y sus calcetines blancos por las rodillas fue lo último maravilloso que vi ese día antes de que el mundo volviera a ser ruidoso y maloliente.

Y como el sol se fue empezó a llover. No podía recordar si ya llovía o si empezó cuando ella entro en el edificio, pero ahí fue cuando me di cuenta. Mi ropa estaba toda mojada y el cigarrillo que llevaba estaba húmedo y roto. Me quedé quieto bajo la fría y punzante lluvia durante el tiempo que me permitió el síndrome de abstinencia. Entonces empecé a tener calambres en los huesos y las rodillas cedían poco a poco. Perder de vista a aquella maravillosa criatura me había llevado a volver a mi realidad.

Había un bar en la acera de frente, tenía terraza cubierta así que me senté y le pedí un chupito de whisky y una cerveza al camarero. Cuando me lo trajo le di dos sorbos a la cerveza y entré al bar. Me dirigí a los lavabos y el viejo, gordo y grasiento dueño del local llamó mi atención con un gruñido:

-Tssh. Oye tú chaval, no quiero drogas en éste bar.- Me dijo clavándome sus diminutos ojos.- Sólo voy a mear, Manolo. ¿Quieres venir a aguantármela?-.Le respondí a aquel viejo engreído e impertinente.- No te pases, Erik, o te echo a patadas del bar, puto yonki de mierda.- Los salivajos que escupía al hablar casi me empaparon más que la lluvia.- Vete a la mierda pedazo de cerdo cabrón -. Seguí con los humos subidos y el dedo amenazante como un borracho que empuña una navaja.- Yo ya no me drogo ¿te enteras puta foca?

Manolo se limitó a mirarme con los ojos turbios mientras yo iba hacía el

lavabo de espaldas.

Entré y cerré el pestillo. Algún guarro había dejado un zurullo como una pelota de rugby. Tiré de la cadena y me abrí la cremallera. Saqué una bolsita de plástico y vertí una montañita de polvo de colores sobre la cisterna. El agua aun seguía corriendo. Los polvos eran de colores porque no tenía dinero para cocaína, esa mierda es sólo para ricos. Además, cuando te metes mucha cocaína tu poya deja de funcionar y yo tenía en gran estima mis erecciones. Lo que hacía era comprar pastillas de éxtasis, machacarlas y mezclarlas con Ketamina y un poco de MDMA. Así con una mínima inversión conseguía un buen alijo con el que alicatarme el tabique nasal y despegar del suelo.

Preparé una raya con mi DNI y me esnifé aquel arco iris con un billete de diez euros.

Las pupilas se me dispararon, un intenso sabor amargo fue desde mi nariz hasta mi cerebro para luego bajar como un cohete por mi garganta. Era como meterse zumo de limón por las fosas nasales. Cerré los ojos con fuerza y una lagrima amarga y solitaria como la de un soldado se deslizó por mi mejilla. Ahí fue cuando las piernas me dejaron de doler y mi ego se empezó a elevar en los cielos como el ego de Jesús al descubrir que era el hijo de Dios.

Yo también era hijo de dios. Mi madre solía decir que todos éramos hijos de Dios. Pero supongo que el Señor tenía sus favoritos, y luego iba el resto. Yo era el hijo mediano de Dios. Se me suponía la fuerza del primogénito y carecía de la atención del benjamín.

La química me otorgaba los poderes que el mundo me negaba por sistema.

Ahora el sol brillaba de nuevo en mi corazón pese y a la tormenta que azotaba el exterior.

Me lavé la cara con agua fría y me recreé con el tacto de mi piel. Estaba con los ojos cerrados notando como las pequeñas gotas me acariciaban y como mis manos las esparcían. El tacto de mi piel era suave y en tres dimensiones. Era difícil describir la sensación, sólo podría decirse que el alma ya no me dolía.

Crucé el bar sacando pecho, con la cabeza erguida y mostrando victorioso mi flamante sonrisa. No me importó lo más mínimo las miradas acusadoras de Manolo, yo era mejor que él, mejor que todos ellos.

Me senté en la silla, saqué un cigarrillo y lo encendí. Moje la boquilla en el whisky y le di una larga calada. Siempre mojaba los cigarrillos en whisky,

me gustaba el sabor amargo y fresco que me dejaba.

La lluvia caía con mucha fuerza y el cielo estaba oscuro. Yo daba pequeños sorbos a la cerveza mientras vigilaba la puerta. Mi pequeño ángel de curvas pronunciadas estaba allí dentro y yo estaba aquí fuera. Me preguntaba que estaría haciendo. ¿Estaría pensando en mí como yo en ella? No, esas cosas no le pasan a la gente como yo.

Intentaba no pensar en la presión que sentía en las sienes. El cerebro me iba a mil por hora, tenía más pensamientos de los que podía procesar. Necesitaba tranquilizarme, me levanté de un salto y fui al lavabo a preparar otra raya. Pedí otra ronda a Manolo.

Me senté, encendí otro cigarrillo y me puse a esperar. No estoy seguro que estaba esperando. Quizá que parara de llover, que saliera mi amor, volver a tener una casa y una familia, que se estrellara un avión en un edificio cercano, que alguien viniera y me aconsejara que llamara al timbre...nos pasamos la vida esperando algo que nunca llega y la muerte nos pilla por sorpresa durante nuestra espera. Quizá la muerte venga por qué piensa que la esperamos a ella y lo que de verdad esperamos es el milagro de morir de sobredosis y ganarle la partida a la naturaleza. Nos encanta esperar cosas, y cuando llegan, esperar otras más. Si tuviéramos el valor de dejar de esperar e ir a buscar, si tuviera valor para dejar las drogas, si tuviera valor para ir a la puerta, si tuviera valor para algo...posiblemente tendría el valor para dejar de esperar.

Mi mechero no paraba de chocar contra la mesa metálica a un ritmo frenético y mi pie golpeaba la pata de la silla como las moscas se dan de cabezazos contra los cristales. Me acabé la tercera ronda.

Tenía que pensar alguna excusa válida con la que ir y llamar al timbre. Me estaba empezando a poner nervioso. Las sombras que me observaban desde las esquinas me hacían burla y cuando las miraba desaparecían. Estoy seguro que la gente que pasaba por la calle pensaba que era un cobarde por no ir y llamar a la puerta.

Entré al bar y fui al lavabo. Volqué y preparé dos rallas más sobre la cisterna y me las esnife una tras de otra. Salí y tomé la cuarta ronda de un trago. Los viejos del bar reían a mis espaldas y cuando me giraba volvían a estar serios contemplando sus vidas reflejadas en las baldosas del suelo. Putas momias. Creían que no tenía cojones de plantarme en la casa, pues se iban a enterar, nadie tiene más cojones que yo.

Crucé la carretera sin mirar, lanzado, sobrevolando el asfalto a varios metros sobre el suelo. Mi cuerpo se plantó frente a la puerta tres segundos antes de que llegara mi cerebro, el cual iba flotando algunos

pasos por detrás de mí.

Golpeé con los nudillos continuadas veces pero no obtuve respuesta. Llamé al único telefonillo que había y me abrieron sin preguntar. Empujé la puerta con suma delicadeza, como si fuera de cristal. Entré al edificio y sólo había unas largas y estrechas escaleras que subían hasta una pequeña puerta de madera vieja y sucia que estaba entreabierta.

La escalera estaba iluminada únicamente por una bombilla vieja que escupía como podía sus últimos haces de luz.

El pie izquierdo no me respondía así que empecé a subirlas con el derecho. Tenía que prestar mucha atención a no caer y agarrarme bien a la barandilla. Tardé mucho más de lo normal en llegar arriba. Hacer que mis piernas respondieran era una tarea muy complicada y la escalera no paraba de moverse. Iba y venía como si estuviera hecha de un material blando.

Cuando por fin llegué estaba sudando. Una mujer de mediana edad salió a recibirme y me invitó a pasar. Noté extraña tanta amabilidad hacía un desconocido por su parte, no estaba seguro si era la madre o la abuela, era mayor pero muy maquillada, tenía un batín rosa y yo iba muy colocado.

La casa entera estaba decorada de color rojo. Las luces eran rojas, los sofás eran rojos, el papel de la pared era rojo...la corbata del tipo que se chocó conmigo al salir era verde y eso me desconcertó.

Me apoyé en la pared y le pregunté a la vieja por la chica. Ella me dijo que si me encontraba bien y me ofreció un pañuelo para el sudor. Yo estaba completamente pegado a la pared y notaba mis movimientos pesados y lentos aunque el corazón latía embravecido. Le volví a preguntar por la chica pero esta vez con más impaciencia y exaltación. Ella me contestó que tenía muchas chicas y a mí el olor del ambientador se me pegaba en la garganta.-Joder, ¿es un puticlub esto?- Debí tartamudear mucho porque se lo tuve que volver a repetir.- Claro que no cariño, esto es el club del libro... ¿A ti que te parece? ¿Quieres un servicio o no?

Me empezó a faltar el oxígeno, tenía que salir de allí antes de que me desmallara o la fiebre me hiciera explotar el cerebro. Empujé a la mujer y salí corriendo. La muy hija de puta había engañado a mi princesa y la había metido en aquel tugurio de mala muerte. La imagen de cinco tíos sudorosos tirándose a la vez a mi chica me revolvió las tripas y vomite en la escalera. Joder.

Una vez en la calle la brisa y la lluvia volvieron a estabilizar mi temperatura corporal. Ahora me estaba congelando. Me senté en el lúgubre portal abrazando mis rodillas con los brazos todo lo fuerte que

podía. Estaba temblando como una diminuta hoja en medio de un huracán. El frío me calaba los huesos. Llegó un tipo de mediana edad y se dispuso a entrar en el portal. Me levanté corriendo y le barré el paso como pude. -¿Dónde te crees que vas amigo?- .Le interrogué con las pocas fuerzas que tenía.- ¿Y a ti que te importa?-.Debía de ser muy evidente el pésimo estado en el que me encontraba porque me dio un ligero empujón y me quitó de en medio.

Me levanté del suelo. El agua me había calado toda la ropa y mis pantalones estaban llenos de barro. Las gotas de agua se metían en mis ojos y todo lo que alcanzaba la vista estaba cubierto por una tenue niebla blanca.

Fui de nuevo al bar de Manolo para buscar cobijo e intentar pensar con claridad. Pero no podía.

Pedí más whisky y mientras me lo servían fui dando tumbos hasta el lavabo para esnifar más droga. Me miré al espejo nada más entrar y pude ver la encarnación de la decadencia en él. ¿Qué has hecho de bueno en tu vida? Le pregunté al reflejo del que en un tiempo pasado había sido alguien con sueños y esperanzas. Pero esa persona ya no estaba, ya no existía, ahora en el espejo sólo había un tipo demacrado y sombrío. Alguien que temblaba muerto de miedo, como un conejo a punto de ser sacrificado. Un muerto viviente completamente mojado y abrazado a sí mismo. Alguien con un ojo cerrado que miraba al pasado con melancolía y un ojo abierto que contemplaba el apestoso presente en el que no quería vivir. Ni siquiera tenía el valor de mirarme.

-Eres escoria, siempre lo has sido y siempre lo serás. Has fallado a todo el mundo por miedo. Y por miedo no has pedido perdón a los que has fallado. Ni siquiera eres capaz de perdonarte a ti mismo, de sentir compasión de ti y de tu cuerpo e irte lejos a empezar de cero. Te gusta estar hundido en tu mierda, ¿verdad? Es tu escondite, es lo que hay bajo tu piel y bajo tus uñas. Sólo miedo y mierda. Ni los gusanos querrán comerse tu cadáver-.Pero el reflejo seguía sin responderme ni mirarme.

¿Y qué podía hacer? ¿Volver a ser yo? ¿Volver a pedir consejo a las voces de mi cabeza? Me encorvé sobre el váter y esnife más arcoíris.

Los mareos y el dolor de cabeza desaparecieron. La niebla también se esfumó. Las voces volvieron para aconsejarme que había llegado el momento de hacer algo bueno, algo grande y noble. Tengo que rescatar a mi princesa del castillo donde la tienen cautiva. Esa es mi razón de ser. Tengo que sacar a mi amor de ese lugar.

Me tambaleé hasta la mesa. Manolo vino y me sirvió el whisky. También

se tomó la libertad de darme un consejo que no le había pedido.

-Si sigues así acabarás mal, chico-. Me dijo con lastima.

Me limité a mirarlo con indiferencia y él se fue. Ya no tenía frío aunque la lluvia y el viento iban enfureciéndose por momentos.

Con cada sorbo de whisky las entrañas se me revolvían. Era como si algo maligno estuviera gestándose dentro. Entonces un tipo gordo, calvo y asqueroso con cara de perverso psicópata entró al piso. Dios, ¿qué oscuras perversiones estaría maquinando su enfermo cerebro para hacerle a mi pequeña? Me invadieron las imágenes de ese tío encima de mi chica, aplastándola y tirándole del pelo con violencia, ella no paraba de llorar y le suplicaba que parara. Él la obligaba a lamerle su apestoso culo y su micro pene. Le pegaba y la agarraba fuerte por el cuello. Seguro que era uno de esos que les gusta mearse y cagarse encima de las pobres niñas a las que esclavizan las mafias en los prostíbulos de mala muerte como ese.

No podía parar de pensar en ello. Rompí a llorar. Lloraba lágrimas de sangre y de rabia. Me arañaba la cara tratando de quitar esas imágenes de mi cabeza. La gente que pasaba por la calle me miraba. Los viejos del bar se reían de mí. Cientos de carcajadas retumbaban en mis oídos, yo cerraba fuerte los ojos pero no se callaban. Las agudas voces de todos los que me han despreciado y repudiado volaban en forma de eco desde el pasado hasta mi cabeza. Mi madre, el padre que no conocí, los profesores, las monjas del orfanato, la gente que me miraba con asco cuando mendigaba en el metro, los chicos que se reían de mí cuando era pequeño, toda la gente que me había marginado a lo largo de mi vida se reían ahora más que nunca. Todos me llamaban cobarde y podía notar en mi piel como me escupían.

Apoyé la cabeza entre las rodillas y empecé a tirarme del pelo. Me golpeaba la cabeza pero eso sólo los animaba más. ¿Y qué podía hacer yo? Sólo era un pobre niño abandonado y asustado.

Una gota de sangre cayó al suelo y se mezcló con el agua de la lluvia. Me estaba sangrando la nariz. No sé si era por culpa de las drogas o si mi cerebro estaba intentando fugarse de mi cabeza por qué también se avergonzaba de mí.

-No...No, no, no, joder, ¡NO!-Le grité al cielo-. No soy un cobarde, mierda... ¡No soy un cobarde!

Me levanté de la silla y me arañé los brazos. Me golpeé con violencia la cabeza. Me tiré al suelo y lloré, pataleé y me revolqué por la lluvia hasta que las fuerzas me abandonaron y quedé tendido. Emocionalmente desnudo y maltrecho. Un breve momento de calma me inundo mientras miraba la lluvia caer encima de mi cara. Me acordé del momento en el que

me crucé con ella en la tienda. Me acordé de su sonrisa picarona, y de sus ojos suplicantes. Ella sabía quién era yo. Ella me pidió con su indiferencia que la rescatara. No me lo pudo decir directamente porque alguien la vigilaba. Sí, era eso. Ella sabía que yo era su príncipe, el que la tenía que rescatar. Por eso no me dijo nada. Porque sabía que si me hablaba y me lo pedía la Madame se la llevaría a otro burdel y no volveríamos a vernos jamás. Joder, ella confía en mí. Confía en que la salve. Está esperando que vaya y la saqué de allí. Sabe que soy el único que puede hacerlo porque nuestro destino es estar juntos.

¿Y que estoy haciendo yo? Revolcarme por el barro como un cerdo mientras ella está llamándome para que la lleve conmigo y la arranque de las garras de esa vieja del diablo y de ese cabrón violador. Mierda, mierda, mierda.

Me levanté del suelo y por fin lo entendí. Todo lo que me había pasado en mi vida, todas las cosas malas, todos los lamentos y toda las pésimas decisiones que había tomado, y las que había dejado de tomar, eran parte de mi destino. Todo lo vivido me había llevado a entrar en aquella tienda, a estar hoy aquí. Tengo que rescatar a la princesa, mi princesa, eso es por lo que he nacido y por lo que debo morir.

Volqué toda la droga que me quedaba en la mesa del bar y la esnifé toda de golpe. Me bebí el whisky de un trago y noté como la fuerza de cientos de héroes que habían entregado su vida por los demás me poseían. No notaba el frío, no notaba la lluvia...ya no notaba nada. La luz brillaba ahora en mi interior. Había tenido una revelación mística. Había encontrado una razón para vivir. Ella.

Fui corriendo y entré en el edificio, llegué a la puerta del piso saltando las escaleras de cuatro en cuatro. Aporree la entrada del castillo con todas mis fuerzas y la malvada bruja que tenía cautiva a mi princesa me abrió.

-¿Otra vez tú? Largo de aquí yonky de mierda-. No le di tiempo a seguir.

La empujé con todas mis fuerzas y la mandé a la otra punta del vestíbulo.

Fui corriendo habitación por habitación. Abriendo las puertas de una patada. Cada nueva habitación escondía una aterradora visión. Hasta que finalmente di con mi destino.

Allí estaba ella, desnuda e indefensa, tumbada boca arriba en la cama con el tío gordo y peludo encima de ella. Los dos se me quedaron mirando sin saber cómo reaccionar. Cogí al tipo por el cuello y se lo quité de encima. El cabrón empezó a insultarme y a intentar liberarse de mí. Pero la fuerza del amor era mayor. Lo lancé despedido fuera del cuarto y cerré inmediatamente la puerta. La contemplé durante unos instantes. Yo jadeaba cansado y ella me miraba con sus ojos abiertos como platos.

Estoy seguro que no podía creer que finalmente hubiera venido a por ella. Su cuerpo, dorado y delgado, su curvilínea figura, su pelo rubio cobrizo, sus labios carnosos, sus jóvenes y turgentes tetas, su coño depilado...toda ella rebosaba luz y calor. Mi pequeña y dulce princesa, mi amor. Toda mi vida cobro sentido sólo al hallarme en el mismo cubículo que ella. El corazón galopaba como un potro salvaje, los ojos se me iban a salir de las cuencas y mi voz no me respondía.

-¿Quién coño eres tú?-. Fue lo primero que me dijo. Angelito mío, estaba totalmente conmocionada por el momento.

-¡Corre mi vida, vístete rápido y coge tus cosas, no tenemos mucho tiempo!-. Le dije mientras intentaba que no abrieran la puerta. Podía oír varias personas profiriendo insultos y aporreando la puerta. Pero los oía muy lejos, como si me estuvieran gritando desde dentro de una piscina.

Entonces ella se cubrió con las sábanas y empezó a llorar.

-¿Quién coño eres tú, tío? ¡Joder lárgate de aquí! ¿Qué quieres de mí?- Me preguntó con sus grandes ojos cristalinos inundados en lágrimas.

¿Por qué coño me decía eso? ¿Es que no se acordaba de mí? Fui de un salto a la cama y la cogí por los hombros. Ella retrocedió varios centímetros intentado deshacerse de mis brazos sin soltar la sábana.

-Nena, soy yo. ¿No me reconoces?- Le empecé diciendo con los ojos muy abiertos y desprendiendo energía por todos los poros de mi cuerpo. No podía creer que finalmente la tuviera frente a mí. Era tan hermosa.-Soy Erik, tu Erik. Nos vimos en la tienda del paki y tú me pediste que te rescatara de este antro. Soy tu salvador. Rápido vístete, yo te sacare de aquí y empezaremos una nueva vida los dos.

Pero ella estaba confundida, no paraban de salirle lágrimas de los ojos y me miraba atónita mientras negaba con la cabeza.-No te conozco, no sé quién eres.- Entonces su cara y su dulzura se tornaron rabia- ¡No sé quien coño eres puto loco de mierda! ¡Lárgate de aquí antes de que te maten!.- Y me dio una sonora bofetada.

Estaba claro que no me reconocía. Quizá era que yo había cambiado. Quizá aquel tío la había drogado. Tenía que hacerla entrar en razón. Me puse encima de ella y le agarré la cabeza con fuerza. Puse mi rostro pegado al suyo para que pudiera verme bien y reconocermme.

-Nena, nena, nena soy yo. Tú me pediste que viniera a salvarte. Vamos nena, tienes que reconocermme soy yo, soy Erik, soy tu príncipe. Vamos, pequeña, tenemos que salir de aquí. Estos cabrones te tienes esclavizada, yo te liberaré.-Ahora le susurraba en la cara. Notaba mi voz quebradiza y

nerviosa.

Ella empezó a golpearme el rostro con rabia y a insultarme. Intentaba luchar para deshacerse de mí.

-Yo no quiero que me salven. Estoy perfectamente. Este es mi trabajo, yo elegí estar aquí y no sé quien cojones eres, puto psicópata, ¡Quítate de encima, hijo de puta!.- Me gritó mientras me clavaba las uñas en los ojos.

Yo di un salto y me tiré al suelo. Me toqué los ojos y miré mis manos. Estaban llenas de sangre. Todo se estaba tiñendo de un color rojo aun más intenso que el del mobiliario. Entonces tiraron la puerta abajo y entraron dos tíos vestidos de negro y grandes como armarios empotrados. Empezaron a golpearme en el suelo, me daban patas y me pisaban la cabeza. Pero yo no notaba sus golpes, me dolía todo pero no eran sus patadas las que me estaban hiriendo. Era que ella no me reconociera. Estaba en el suelo hecho un ovillo, mirándola, intentaba mantenerme en posición fetal mientras aquellos hijos de puta me pateaban. Ella me miraba con odio desde la cama. Sus ojos, su mirada, eran mucho más dolorosos que los golpes.

Los dos gorilas me levantaron, y sacando fuerzas de flaqueza apure mis últimos gramos de energía con un último intento. Salté en la cama y la agarré por el cuello.-Vamos cariño, soy yo, tienes que reconocerme, por favor.-Los ojos y el corazón lloraban sangre a partes iguales. Los dos seguratas me cogieron por las piernas y tiraron fuerte de mí hasta llevarme al suelo de nuevo. Me sacaron a rastras de la habitación mientras yo clavaba las uñas con fuerza en la moqueta intentado que no me alejaran de mi amor. Ella observaba con asco, asombro y perturbación la escena. Yo miraba como alguien volvía a alegarme de mis sueños.

Me sacaron por la puerta de atrás y me tiraron encima un montón de bolsas de basura. Me dieron algunas patadas más en el estomago a modo de escarmiento final y me advirtieron que si me volvían a ver me matarían.

Y allí sigo yo. No sabría decir cuánto tiempo llevo tumbado sobre la basura. Creo que he estado aquí toda la vida. Tumbado sobre la porquería de otros. Mirando la lluvia como cae del cielo. Diría que he visto a la luna salir y ponerse dos veces. Los ojos ya no me sangran pero casi no puedo ver nada. Las costillas tampoco me duelen, ni siquiera tengo hambre, frío o el mono. Lo único que me duele es el corazón, sigo llorando sangre en el último rincón de mi alma. Sigo preguntándome por qué mi amor no vino conmigo.

Abandoné mi miedo y me rendí al destino, y el destino me ha llevado aquí de nuevo. A la basura. El lugar de donde vengo y el lugar del que nunca

saldré. Vivir entre mierda es lo que hace la gente como yo. Nadando entre los desperdicios olvidados de la gente con la única compañía de las ratas es donde me siento seguro. Podría salir de aquí, podría levantarme e intentar cambiar, pero tengo miedo a salvarme, quizá aun haya esperanza para mí pero tengo miedo de mirar a la esperanza a los ojos. Algunas personas simplemente no quieren ser salvadas.